

Volumen de homenaje a Salomón Lerner Febres con motivo de la celebración de sus 70 años

# LA VERDAD NOS HACE LIBRES

Sobre las relaciones entre filosofía, derechos humanos, religión y universidad

EDITORES

Miguel Giusti

Gustavo Gutiérrez

Elizabeth Salmón



## Capítulo 25



FONDO  
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

*La verdad nos hace libres. Sobre las relaciones entre filosofía, derechos humanos, religión y universidad*

Miguel Giusti, Gustavo Gutiérrez y Elizabeth Salmón (editores)

© Miguel Giusti, Gustavo Gutiérrez y Elizabeth Salmón, 2015

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2015

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño de cubierta: Gisella Scheuch, sobre la base de la escultura *Logos*, de Margarita Checa, fotografiada por Alicia Benavides

Diagramación, corrección de estilo y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: junio de 2015

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2015-08108

ISBN: 978-612-317-114-8

Registro del Proyecto Editorial: 31501361500583

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

## LA CONTINUIDAD DEL PROCESO SOCIAL QUE LA COMISIÓN DE LA VERDAD Y RECONCILIACIÓN INICIÓ

**Rolando Ames Cobián, Pontificia Universidad Católica del Perú - miembro de la Comisión de la Verdad y Reconciliación**

Escribir sobre Salomón Lerner Febres lleva, con naturalidad, a pensar en la tarea pública más trascendente que a él le tocó encabezar: presidir la Comisión de la Verdad y Reconciliación del Perú (CVR) entre los años 2001 y 2003. Es por eso fácil vincular la importancia de los aspectos más personales con los de esa misión pública temporal, pero sustantiva, en que se encontró involucrado. Los azares de la vida llevaron a este filósofo serio y consistente, retraído y sencillo, que era rector de la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP), a un rol muy distinto, de gran impacto emocional colectivo y visibilidad amplísima. Por eso, junto con la amistad del que escribe —y mi rol también como Comisionado en la CVR— encuentro recursos para tomar distancia y, pensando en Salomón, reflexionar sobre asuntos que, ligados a él, nos interpelan, sin embargo, a todos y todas, peruanos y peruanas.

Si el eco del informe está vivo y genera sentimientos intensos de aplauso, de rechazo o de polémica, a más de 10 años de su entrega, si se tocaron fibras hondas de los sentimientos colectivos, fue porque el conflicto armado interno fue un hecho que marcó las vidas de millones de peruanos y la historia del país como conjunto. Al escribir ahora, lo que me atrae es el deseo de ofrecer algunos elementos nuevos, tomando en cuenta la dinámica del tiempo, la cual nos permite descubrir otros aspectos tanto del periodo de la guerra como del que se inició con la entrega del *Informe final* y que llega hasta hoy. Los aportes y diálogos públicos sobre estos temas continúan y permiten que, al trabajar sobre lo que pasó hace muchos años, estemos conversando con la actualidad.

Me alegra comprobar cuan numerosas son las obras que actualmente se producen sobre ese conflicto: desde investigaciones penales sobre responsabilidades pendientes, hasta multitud de obras artísticas, literarias, escénicas, plásticas; desde la construcción de museos de la memoria, hasta las iniciativas de las agrupaciones directas de las víctimas y las poblaciones afectadas; desde la reparación, aún tan débil, del Estado,

hasta la lucha contra las nuevas y viejas formas de violencia. Si se comenta con toda razón que el Perú no está aún reconciliado, hay que saludar que nuestra sociedad no ha quedado inmovilizada por aquella guerra. Los peruanos seguimos reelaborando nuestros itinerarios de vida, también los sociales. De lo que se trata es entonces de seguir participando en esta gran corriente para que de allí surjan puentes, que no existieron en la década de 1980, entre los nacidos en unos lugares y en otros, en actividades y condiciones muy diferentes. Dos títulos de textos de Carlos Iván Degregori, «no existe país más diverso» y «los hondos y mortales desencuentros» mantienen viva por eso su fuerza para convocarnos a que lo que pase en el Ande y en la Amazonía, tan lejos de Lima, no pueda ser ignorado y maltratado, otra vez.

Hay ocasiones en que uno puede engarzarse en «movidas» —como dicen hoy los jóvenes— que buscan perdurar, porque quieren corregir males antiguos. Estas ocasiones deben aprovecharse porque, por su naturaleza, nos invitan a dar lo mejor de nosotros mismos. Eso puede pasarle a la gente que se compromete con la defensa de los derechos humanos y asume este compromiso también subjetivamente como un compromiso de coherencia. La realidad de estar dentro de un compromiso grande tiende a ennoblecernos y a superar la tendencia a centrarse cada uno en sí mismo y en lo inmediato. Por esta razón, me resulta doblemente grato participar en este trabajo colectivo que rinde homenaje a Salomón Lerner. Un proceso de cambio profundo en la manera de tratarnos entre los peruanos no es solo una tarea de grupo, ni de generación, harán falta varias generaciones por venir. A la CVR le tocó evaluar el pasado para influir en el futuro y para evitar que el mal ocurrido se repita, es decir, para inducir a todos a comportamientos éticamente mejores. Por eso, al hablar de ennoblecernos, me refiero también a quienes tienen otras posiciones distintas a la mía sobre ese conflicto armado y sobre lo que significa superarlo en profundidad. Es en ese espíritu que abordo este artículo.

En una primera parte seguiré la interacción entre la CVR y la dinámica político-social peruana, su creación en 2001, la entrega del Informe en 2003 y luego los hechos de esa relación hasta hoy. Lo más destacado surge al contrastar el tiempo de ofensiva anti-informe que viene del plano político y mediático nacional en los años siguientes a la entrega con el tiempo posterior. Me refiero al creciente interés actual por comprender el porqué de la guerra interna, conocer los hechos y pensar y sentir lo que esos eventos nos dicen sobre nuestro país y, en alguna medida, sobre nosotros mismos. Esta segunda etapa es protagonizada, más bien, desde la sociedad civil, por actores distintos que se desempeñan en campos diferentes y con fines específicos propios. Se trata de una etapa ya mucho más independiente del informe mismo y cuya importancia destacaré.

En la segunda parte del artículo, y partiendo de lo que la distancia temporal nos permite, regreso al tiempo de funcionamiento de la Comisión para destacar el rol de Salomón Lerner en la presidencia de la Comisión y en algunas de las decisiones tomadas respecto de los estilos escogidos y del tipo de discurso empleado. Asimismo, me referiré, si cabe, a la validación de dichas decisiones en efectos posteriores que son ya hechos objetivos. Al considerar ahora esos aspectos de su rol, lo encuentro aún más relevante. Utilizaré como referencia más directa del pensamiento del presidente de la CVR, frases del discurso de entrega del *Informe final* (Lerner Febres, 2003). Espero que estos apuntes ayuden a comprender algo mejor cómo la Comisión, orientada por su presidente, entendió y puso en práctica el encargo que recibió.

## 1.

Somos una sociedad y un Estado herederos de la organización impuesta, en nuestro origen de país, por conquistadores y colonizadores externos. Estamos avanzando a ser un Perú más comunicado, se usan tecnologías de punta y crecemos económicamente, albergamos impulsos democratizadores profundos en sectores sociales emergentes, pero nuestras instituciones crujen al procesar impulsos tan contradictorios y, en general, dinámicas muy heterogéneas. Al comenzar los años ochenta, saludábamos la resolución democrática de 12 años de gobierno militar y teníamos una Constitución producto de la concurrencia de todas las fuerzas políticas conocidas. Era el momento de más amplia democracia política hasta entonces. Y, sin embargo, la guerra declarada por un grupo inicialmente tan pequeño como Sendero Luminoso nos mostró el campo minado y todavía poco conocido subyacente a las relaciones sociales que nos sostienen como país. Y nos mostró también la fragilidad institucional y lo ajena que dicha institucionalidad puede resultar para un sector importante de nuestros compatriotas.

La coincidencia de aquella violencia con el fracaso político que produjo una hiperinflación extrema quebró la democracia y hundió la economía a lo largo de la década de 1980. Durante los años noventa, encontramos un camino de salida importante, pero, al final, se visibilizó la corrupción que había crecido en la cúpula de muchas instituciones, no solo del Estado, aprovechando la falta de controles y transparencia que caracterizaron al régimen de Alberto Fujimori. En ese contexto y luego del desplome de aquel gobierno, en el mejor y corto momento de la positiva transición democrática encabezada por Valentín Paniagua, pudo ser creada la CVR. La convicción de que era necesario aportar a ese proceso llevó a aceptar las invitaciones a participar en ella a comisionados, a trabajadores y a voluntarios.

Sabíamos que el encargo era duro y nos quedamos cortos en nuestras apreciaciones iniciales. Los hábitos democráticos que fuerzas políticas distintas habían aprendido hasta los años ochenta estaban marcadamente debilitados; lo percibimos frontalmente al momento de entregar el informe.

Repasemos ahora el itinerario del periodo que empieza cuando la CVR culmina y entrega su voluminoso informe. En dos años y medio, el contexto político y las correlaciones de poder no eran ya las mismas del momento de la creación de la Comisión. Como sabemos, el informe contenía denuncias formalmente presentadas y material para avanzar en centenares de otras, así como propuestas de reparaciones individuales y colectivas. Finalmente, se incluyeron propuestas de reformas institucionales para asegurar la continuidad de las líneas de acción ya iniciadas y para abrir el camino a las transformaciones profundas, indispensables para cualquier observador responsable de lo ocurrido en esos cruentos años. La situación social y cultural de muchas regiones y del país como tal tenía mucho que ver con que hubiera estallado esa subversión tan terrorista y violenta, así como esa represión con tantos casos de violaciones de derechos humanos fuera de control. Por eso, los decretos de creación ordenaron hacer las propuestas de reforma social que correspondieran.

Sin embargo, ya en el segundo semestre del año 2003, después de dos años de gobierno del presidente Alejandro Toledo, el ambiente de la política nacional era menos receptivo a esta clase de revisión autocrítica que el mismo Estado había propiciado sobre su comportamiento antisubversivo anterior. Y la misma frialdad se expresó ante la interpelación ética que correspondió hacer a la CVR. Las fuerzas sensibles a la necesidad de tal replanteamiento estaban debilitadas.

En el curso de los 30 meses transcurridos, se habían producido cambios políticos y, sobre todo, reaparecieron y se manifestaron, en instituciones y actores, las debilidades democráticas acumuladas durante el gobierno fujimorista. La idea simplista de que la importancia del triunfo político militar logrado sobre Sendero Luminoso y el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA) lo justificaba todo se sostuvo otra vez, de modo desafiante, ante la aparición del informe. Los sectores democráticos, con tesis sea liberales o socialistas, eran minoría en el Parlamento y la bancada del gobierno de Alejandro Toledo prefirió no entrar al debate de fondo. La de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) criticó el informe, aunque evitó descalificarlo. En todo caso, la soledad política de la CVR en aquel ámbito parlamentario fue visible.

En realidad, al presentarse el informe, el ciclo político que dura casi hasta hoy, sustentado en el crecimiento económico como la solución principal a todos los problemas del país, se perfilaba ya con toda su fuerza mediática. En ese marco, con la fe

antipolítica en la eficacia tecnocrática, ¿por qué dar tanta importancia a una sublevación terrorista que ya había sido derrotada? Así, por varios años más, los defensores de la CVR tuvimos que batirnos en una posición más bien de defensiva en el terreno propiamente político nacional y de los medios de Lima. Las manifestaciones a favor fueron surgiendo principalmente desde otros espacios diferentes. En aquel plano político, los ex Comisionados y muchas otras voces calificadas hicimos respetar las pruebas y conceptos de los ocho volúmenes del Informe, pero no pudimos impulsar su implementación efectiva. Tuvimos que emplear mucho tiempo en responder las interpretaciones sesgadas y de mala fe, que alcanzaron mucha cobertura.

Es muy importante que la investigación sociológica y política cubra con rigor el curso detallado de aquel tiempo público que, como tal, no ha sido analizado con detalle. Con ese fin, quiero plantear aquí algunas hipótesis producto de un trabajo distinto, pero vinculado, que estoy realizando. Me detendré, en esta ida y vuelta, por un lado, en el proceso de lucha por los derechos humanos —ligados al reclamo de repensar el país que le tocó impulsar a la Comisión— y, por otro, en lo que pasaba en la vida pública alrededor de la CVR, en la política y más allá de ella.

La llamada «política mediática» es un fenómeno complejo que facilita manipular los sentimientos colectivos al dar la información. Dentro de ella, el recurso al término terrorista para generar miedo y luego descalificación absoluta recorre el mundo con mayor fuerza luego del bárbaro ataque a las Torres Gemelas de Nueva York (meses después de la creación de la CVR). La gran prensa mundial se habituó, y trata que su público se habitúe también, a descalificar al acusado de terrorismo de tal modo que la información que ofrece explicaciones más concretas ya no sea considerada necesaria. En nuestro caso, la CVR fue acusada de «defender a los terroristas» por haber constatado que las fuerzas del orden también habían violado gravemente derechos humanos, pese a que, en el mismo documento, responsabilizábamos a Sendero Luminoso como el principal perpetrador de una violencia cruel.

Volviendo al debate que siguió a la entrega del informe, pudimos recoger, por ejemplo, en círculos militares informales, un recelo mayor ante la CVR luego del año 2005 que cuando ella existía y los entrevistó institucionalmente. La imagen de «concesiones al terrorismo» funcionó, la apertura democrática posdictadura había durado muy poco. El país oficial y buena parte de las opiniones públicas no parecían muy interesados en discutir a fondo los desencuentros profundos que arrastramos como sociedad ni el porqué de Sendero Luminoso.

Y, sin embargo, con el correr del tiempo, el que la CVR haya podido echar un poco de luz sobre acontecimientos tan graves, pero escondidos, ha ido revelando su potencialidad de convocatoria creciente y, sobre todo, su coincidencia con un innovador proceso sociocultural plural, de la mayor importancia, a mi juicio, en el Perú.

Se trata de la expansión de una serie de iniciativas que convergen en interesarse por practicar y defender, en los espacios públicos, el respeto mutuo entre todos los peruanos, superando los hábitos discriminatorios y mostrando, así, la maduración de una cultura más abierta al otro o a la otra, distinto a mí, que ya es hoy más independiente de los hábitos oligárquicos, coloniales y autoritarios en medio de los cuales hemos vivido tantísimo tiempo.

Las iniciativas en ese proceso ya no son de la Comisión, que no existe más. Ahora, los actores son múltiples y han cobrado continuidad y autonomía. Ya me había referido a que, al terminar la CVR su trabajo, hubo signos claros de que la posición que descalificaba y rechazaba el informe —presente en la política nacional y en el Congreso y, sobre todo, en varios medios de comunicación limeños— no representaba lo que se sentía y se pensaba en otros lugares del país. Los Comisionados fuimos testigos directos de esa diversidad. Ya en ese momento, aun en espacios resistentes o renuentes al informe, se hicieron presentes y se escucharon voces autorizadas que se arriesgaron al afirmar que era indispensable conocerlo y discutirlo civilizadamente. En sus manifestaciones públicas, las propias Fuerzas Armadas fueron cuidadosas a este respecto. Acción Popular, el Partido Popular Cristiano y el APRA, los partidos de gobierno en esos años de violencia y de excesos represivos habituales, hicieron lo mismo. Sin embargo, el decisivo «ruido mediático» se ocupaba de que esas expresiones de moderación apenas se escucharan. Y la sociedad civil de entonces, en los primeros años posteriores a la entrega del informe, quedó más bien distante, si dejamos de lado a los sectores cuyas posiciones eran ya más definidas en una u otra dirección.

Entonces, lo que paso ahora a describir como una actitud y un proceso socio-cultural innovador es la nueva diversidad de iniciativas autónomas y democráticas favorables a analizar en serio el porqué de la guerra interna. Esa posición estuvo presente, por supuesto, desde el comienzo, y no es gratuito que las encuestas a fines de 2003, en el tiempo del debate más enconado, encontrasen a un país casi dividido a la mitad ante las tesis de la CVR. Pero lo que propongo es que me parece que hoy estamos ante un cambio más sustantivo aun. Una enumeración como la que sigue es seguramente muy incompleta, pero pretende ser indicativa y me parece indispensable. Empezamos por las mismas regiones del Ande y el oriente, donde la guerra estuvo más presente.

Por su debilidad y los riesgos que corrían al denunciar abusos, el mundo de las víctimas no había alcanzado audiencia mayor. Luego del informe, este cuadro cambió, las asociaciones de víctimas se han multiplicado y hacen escuchar sus denuncias con los nombres y las historias de sus seres queridos ante el Poder judicial, las autoridades locales y regionales, las militares y policiales. Y lo que es más importante,



de modo lento, pero efectivo, van logrando triunfos que, aunque sean puntuales, son muy elocuentes. En la masiva presencia andina y amazónica en Lima, la imagen de lo que la gente sufrió injustamente ya no podrá ser suprimida.

En los medios intelectuales y culturales de todo el país, en las universidades y entre sus estudiantes, el mensaje de conocer y discutir lo que pasó ha sido mayoritariamente bien recibido y genera diversas iniciativas de continuidad, así como una serie de trabajos de investigación de primer nivel. Por otra parte, en la sociedad civil organizada, se está haciendo habitual la práctica de firmar pactos ciudadanos para que las autoridades electas cumplan sus promesas y de incluir allí las menciones a acabar con la impunidad y a buscar nuevos términos de relación entre peruanos, como planteaba el informe. También se requiere conocer mejor las formas que va tomando una cultura liberal juvenil plural en sus formas de manifestarse según regiones y estratos sociales, pero que rechaza activamente toda forma de discriminación y de imposición de las ideas. Aquí nos topamos con un fenómeno más amplio que el debate sobre el conflicto armado interno, pero, por eso mismo, relevante.

Un aspecto central a destacar es lo que ha pasado en el mundo del arte y la cultura. El acceso a la información sobre lo sucedido durante la guerra interna se ha convertido en una fuente inagotable de inspiración para ahondar sobre qué implica vivir en un Perú con un pasado tan opresivo, casi normalizado por centurias. El estallido de esa guerra se convierte en un síntoma a examinar para reconocernos mejor a nosotros mismos a través de realidades tan cotidianas como invisibilizadas. En las historias que nos cuentan el cine y el teatro, la novela y la pintura, a partir de lo que pasó, podemos descubrir mejor el porqué de nuestros propios temores y deseos. Las formas en que la vida humana en ese Perú ignorado marca la existencia de todos y redefine nuestras imágenes de futuro está siendo vivida y pensada a una escala que muchos no imaginábamos posible. Sobre todo cuando la política está tan lejana a todo esto y cuando los medios nos repiten ideas y, sobre todo, imágenes que nada tienen que ver con esta parte de nuestra historia: que al Perú «le va ya muy bien», y que está —o estaba— ya «a punto a entrar al “primer mundo”».

Salomón Lerner insistía en que el mensaje de la Comisión era un mensaje ético y destacaba que la respuesta —cuando se conocen directamente miles de dramas con sufrimientos injustos y luego impunidad y abandono— solo puede ser la identificación activa con esos compatriotas. Pues bien, ha sido en el mundo del arte donde mejor se ha expresado y difundido esta clase de actitud. Es ante esas obras artísticas, en medio de ellas, que miles de peruanos han experimentado esa empatía con ese otro, con frecuencia tan distinto o distinta a ellos y a ellas. Esta es la premisa, sin la cual, la identidad conciudadana, el respeto y la amistad no serían posibles.

Otra fuente de compromiso con el sentir y pensar al Perú de otras maneras vino, en este caso desde el comienzo del conflicto mismo, desde experiencias confesionales y religiosas. La cantidad de personas que desde esta opción se quedaron en los lugares peligrosos y, en varios casos, fueron asesinadas por eso y que son fuente de memoria y de solidaridad es impresionante.

Finalmente, nada de lo que el informe de la Comisión haya logrado hubiese sido posible sin el esfuerzo de los movimientos de derechos humanos, que además la precedieron y propiciaron. Ellos y los periodistas comprometidos con esta causa, en medio de la violencia misma, registraron los hechos con rigor y sostuvieron, en la medida en que les fue posible, a las víctimas y a sus exigencias de justicia, también, a veces, a costa de sus propias vidas.

Debido a la breve extensión del presente texto, recurrí a esta enumeración aunque, como ya dije, resulte riesgosa por las omisiones y la generalidad a las que está sujeta. Pero creo que contiene elementos suficientes para sostener la hipótesis que señalé: somos testigos de un proceso o procesos diversos, pero coincidentes, de un cambio cultural en curso. Sin duda, ese cambio no está consolidado y debe alternar con pensamientos colectivos distintos y contradictorios, pero es un cambio abierto muy valioso que debemos saber cuidar e impulsar. Insisto en que la referencia a la coincidencia con el informe de la CVR no es ya lo central. Desde un tiempo ya socialmente distinto, estamos ante prácticas radicalmente alternativas a la guerra y a la impunidad.

Este proceso, que dura hasta hoy, continúa cuando el rechazo agresivo al informe de la CVR ha atenuado en el campo de la política mediática. Desde hace unos pocos años, también ha disminuido la satanización de la CVR en el terreno político, porque en él predominan ya otros temas. Pero hoy, mirando a la sociedad civil, parece ser ya muy fuerte la percepción de que la guerra interna no ocurrió porque unos terroristas enfermos, venidos no se sabe de dónde, la impulsaron. Hay más conciencia de que el olvido de nuestros pueblos originarios del Ande y del oriente es un rasgo decisivo en la vida humana en estos territorios desde hace cinco siglos. La importancia de ese olvido se registra todavía en las estadísticas y en diversos datos sobre desigualdades críticas que incluso aumentan en dimensiones diversas de la vida social. Pues bien, la base del diagnóstico que la CVR formulara estuvo en esta comprobación: en señalar la relación, por supuesto, compleja, si se quiere indirecta, pero decisiva, que este contexto social tuvo en la guerra interna que vivimos. Por ello sería muy saludable que la gran mayoría de peruanos y peruanas lo reconociésemos cada vez más.

## 2.

Al constatar lo dicho en las últimas páginas, siento la gratificación de poder ver estos logros de continuidad en un proceso tan aleatorio: se trata nada menos que de procurar encuentros de escucha mutua sobre los restos recientes de la violencia fratricida. Por el momento solo pueden ser continuidades frágiles, pues van cuesta arriba, buscando lograr la gran ruptura con los hábitos de violencia y de invisibilización respecto a nuestras poblaciones originarias. Pero son continuidades que ocurren sobre una reacción de tensión y desconfianza, que han logrado superar, y ya enlazan a generaciones distintas, a las que vivieron los hechos y a las que no. La mayoría de peruanos concordaría hoy con la imagen de que el Perú es un país complejo, desigual, cuyos problemas no pueden resolverse solo como consecuencia del crecimiento económico. Este no es un logro pequeño. La idea de una brecha y una gran deuda interna pendiente se ha abierto camino. Ojalá los hechos sociales y políticos próximos ratifiquen que un cambio cultural de esta naturaleza continúa avanzando.

Los estudios actuales sobre las etapas comunes en los procesos posteriores a comisiones de la verdad confirman que traer paz y confianza mutua donde hubo guerra y enfrentamiento supone un tiempo largo con etapas distintas, con avances y retrocesos. Las comisiones son solo un punto de partida que puede proyectar objetivos de largo aliento, pero obviamente ellas mismas no pueden realizarlos. Existe en el mundo, bajo el concepto de justicia transicional, todo un campo de trabajo práctico e intelectual sobre estas materias.

Quizás lo más importante en el caso peruano es que se haya podido pronunciar con toda fuerza la necesidad de romper las discriminaciones seculares, y convocar a hacerlo como una exigencia perentoria, sabiendo que se trataba de empezar un camino y no de alcanzar solo un objetivo inmediato. Es aquí donde el rol de Salomón Lerner como presidente de la Comisión fue decisivo y es de un valor inestimable. He organizado la materia central de esta parte en cinco comentarios a actos e ideas de Salomón. En cuatro de ellos utilizo citas del *Discurso de presentación del Informe final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación* pronunciado por Lerner en la ceremonia de entrega del Informe final al presidente Alejandro Toledo en palacio de gobierno. Comencemos (2003).

«Este tiempo de vergüenza nacional ha de ser interpretado por tanto igualmente como un tiempo de verdad», dijo Lerner en aquel discurso, y agregó, poco después, «las raíces de nuestra preocupación por la verdad, así como las expectativas que tenemos de su descubrimiento, ponen de manifiesto la dimensión estrictamente moral de esta empresa». En esta última frase está resumido, para mí, el sentido fundamental de la misión de la CVR tal como nuestro presidente la comprendió y practicó.

Los análisis sobre la Comisión deben tomarlo muy en cuenta. Se trataba, mirando el futuro, de una tarea de docencia moral. Vuelvo a las palabras siguientes de Lerner ese día para cerrar este primer comentario. «Hemos buscado comprometer a la nación entera en las actividades de escucha e investigación de lo ocurrido para que entre todos los peruanos reconozcamos la verdad».

La imagen que tengo de Salomón Lerner en la CVR es la de un real presidente. Es decir, él supo asumir el liderazgo que se le había encomendado y, al mismo tiempo, ser muy atento a las opiniones y al sentir de los otros Comisionados. Y quizás la clave de ese liderazgo que todos le reconocimos estuvo en esa muy fuerte convicción en que la Comisión tenía una función moral frente al país, en la que no podía fallar y por la cual nada se podía transar o negociar. De nuestra consistencia con ese compromiso moral dependería que cumpliéramos bien los otros encargos específicos. Él se erigió, desde el comienzo, como el garante de este compromiso grupal que felizmente llegó a buen término con el respaldo de todos los Comisionados.

Sigo comentando el rol de nuestro presidente y citando este mismo discurso. En segundo lugar, quisiera pasar a una nota más personal y profesional que dice mucho acerca de la real importancia de la filosofía en la identidad de Salomón Lerner Febres. En la primera mención, copio una referencia a la tragedia griega, evocada por él, en alusión al dolor del pueblo de Ayacucho y del Perú. «No podemos permanecer indiferentes frente a una verdad de esta naturaleza. “Porque sufrimos —expresa Sófocles en el corazón de la tragedia— reconocemos que hemos obrado mal”. Se trata en efecto de un sufrimiento humano producido deliberadamente por obra de la voluntad. No estamos ante una fatalidad como podría ser el caso de una desgracia natural» (2003). Y esta cita ratificaba una anterior: «Frente a la desmesura por la cual los hombres olvidaban lo divino, incurriendo en la *hybris*, la soberbia que endiosa, nació la exigencia ética del recuerdo, de no-olvidar qué somos los mortales en lo abierto del mundo. Es así que impera la justicia acordando a cada cual su lugar». Al releer estas palabras, recuerdo de inmediato la costumbre de Salomón Lerner de reunirse con sus amigos filósofos de la PUCP con muchísima frecuencia para compartir y discutir la marcha cotidiana de su trabajo. Imagino la función que tenían esas reuniones: alimentar las miradas de conjunto y el gran norte moral de la misión de la CVR que había que mantener. Contraponer siempre la mentira, el dolor y el delito que se comprobaban con la verdad, el diálogo y la justicia que era necesario restaurar.

Creo que, de este modo, Salomón cultivó, en él mismo y en todos los Comisionados, colaboradores y voluntarios, el espíritu de un compromiso vital con esta clase de tarea histórica que correspondía a la CVR y que hace tanta falta en el Perú. Por eso es que resalté el valor de los avances que han tenido lugar hasta ahora y que he descrito en la

primera parte del artículo. También el tono tan radical de sus discursos y, en particular, de aquel de la entrega del informe. Esta radicalidad se sostuvo, así, en una práctica cotidiana, coherente también institucionalmente, dentro de la cual, Salomón Lerner supo poner su saber y toda su fuerza personal.

Paso a continuación a un tercer comentario. En el discurso de entrega Lerner se refiere al tema de la reconciliación y destaca el sentido que le dimos en un formato muy neto que creo no es suficientemente conocido. Acercándose ya a la parte final del discurso, cuando se debe hablar no solo de lo que pasó y de cómo repararlo, sino de mirar al futuro, al final de esta tragedia, Lerner anuncia el cambio de tema con la frase: «Así pues nuestro tiempo es de vergüenza, de verdad y de justicia, pero también lo es de reconciliación». Como veremos, la reconciliación dependerá justamente de que nos atrevamos a asumir el cambio histórico de fondo que sigue pendiente. Entonces, describe dos actitudes típicas frente al tema: la del fatalismo ante lo que se afirma imposible y la del sarcasmo ante «un escenario que se considera [como] ajeno que pudiera ser objeto de burla». En este sentido, afirmó Lerner en el discurso lo siguiente:

En la hora presente debemos superar la actitud del espectador que sucumbe, avergonzado, ante las tentaciones del fatalismo o del sarcasmo y adoptar la actitud del agente que es capaz de hallar en la propia historia las fuerzas morales para la necesaria recuperación de la nación. Es el sentido ético de la responsabilidad el que puede permitirnos asumir esperanzadamente nuestra identidad mellada.

Lerner aclara esta idea aludiendo al parecido del momento presente con aquel que sucedió a la guerra con Chile, el de la llamada «generación del novecientos» y su insistencia en «la imperiosa necesidad de comprendernos». Lerner recalcó que eso es lo que hacía falta para afrontar «la cuestión de la reconciliación futura. Como en el caso de los debates del siglo pasado, también ahora la experiencia vivida puede convertirse en una oportunidad para imaginar la transformación ética de la sociedad».

Es decir, reconciliarse es cambiar juntos una historia basada en la supremacía de unos peruanos sobre otros. Ese cambio concreto hacia la justicia, sin duda exigente, surge, pues, como la condición de una vida humana de mejor calidad para todos, no desde una ideología, sino desde un análisis histórico serio. Se trata, sin duda, de una opción de alto contenido político, pero no basada en un cálculo de poder en función de una candidatura o de cubrir un espacio electoral vacío, por legítimos que esos recursos sean. La fuente histórica del argumento se confirma con la comparación con la conmoción nacional luego de la guerra con Chile. Y, al final, es la opción ética la que remite a este compromiso histórico-político.

Mi cuarto comentario no se apoya en una cita, sino en una experiencia mía como Comisionado. Durante el tiempo en que trabajé en la CVR fui testigo de la capacidad que Salomón mostró para comunicarse horizontal y respetuosamente con las personas que nos buscaron, especialmente las que lo hicieron como víctimas. No era ese un rol fácil para él, ni para nadie. Las audiencias públicas, muy centrales para la comunicación abierta de nuestro trabajo, dieron el ejemplo más visible de esta capacidad. Pero mi punto es que fue muy importante que el presidente supiera expresar, a la vez, acogida cálida, respeto y una cierta solemnidad. Lo que admiré fue la espontaneidad y sencillez con que Lerner sintetizó esas actitudes. Creo que ellas surgieron de esa coherencia interna que vivía y que supo trabajar con atención. Más de una vez, en esos momentos, pensé en las simpatías filosóficas de Salomón, tan admirador de Hannah Arendt y, por tanto, de separar conceptualmente la violencia de la política, cuyo sentido genuino es surgir del diálogo libre que las personas realizan en el espacio público. Pues bien, creo que Salomón logró, como quería, que la Comisión fuese un actor de veras libre en el espacio público peruano y, como presidente, supo comprometer e involucrar su sensibilidad humana entera para cumplir su misión lo mejor posible.

Regreso al discurso de entrega para comentar las ideas de una última cita. Hacia el final del discurso, se dirigió personalmente al presidente de la República y le dijo lo siguiente:

Asumir las obligaciones morales que emanan de este informe [y las enumera] es tarea de un estadista, es decir, de un hombre o una mujer empeñado en gobernar para mejorar el futuro de sus ciudadanos. Al hacer a usted, señor presidente, depositario de este informe, confiamos en dejarlo en buenas manos. No hacemos, en todo caso, otra cosa que devolver al Estado, ya debidamente cumplido, el honroso encargo que se nos confió.

Las ideas y las palabras son muy precisas. Otra vez, la fuerza del informe está en su contenido: exponer obligaciones morales bien fundadas. Además, el político debe ser un estadista que gobierna para mejorar el futuro de sus ciudadanos. En tercer lugar, el presidente no será el dueño del informe, sino su depositario, porque el valor del documento está en el contenido de 17 000 testimonios y de un trabajo encargado por dos decretos que se han cumplido. No encontramos ninguna concesión al halago, ni siquiera como una forma de cortesía. Hay sí respeto explícito a la investidura democrática del presidente de la República. Lo que sí recalcó Salomón Lerner con orgullo a lo largo del discurso fue la trascendencia del informe y, por tanto, la de ese día. Terminó por eso así: «La historia que aquí se cuenta habla de nosotros, *de lo que fuimos y de lo que debemos dejar de ser*. Esta historia habla de nuestras tareas. Esta historia comienza hoy».

Sé que muchos comentarios han registrado la fuerza, que llamaría interpeladora y existencial, que solían tener los principales discursos de Salomón Lerner. Ese tono expresó la alerta permanente en que transcurrió nuestra labor. Sabíamos que el tiempo no iba a alcanzar para dar cuenta de toda la información que recibimos y que aspectos de verdad podrían quedarse sin recoger y así fue. Pero hicimos, cada día, nuestro mejor esfuerzo.

Para la CVR, fue excelente que Salomón Lerner Febres haya sido su presidente. Los rasgos de esta guerra interna y del Perú como sociedad difícilmente podrían haber sido más complejos y, sin embargo, logramos, con él, articular bien tres grandes recursos. Primero, fue posible combinar la recepción de miles de casos diferentes en un esquema organizativo de análisis y de presentación bastante ordenado y limpio. Segundo, nos brindó la audacia para atrevernos a ofrecer una mirada histórica de conjunto que, ante causas tan profundas, no renunciara a ofrecer pistas para una transformación de futuro también muy de fondo. Tercero, fue un recurso fundamental la energía moral que Salomón Lerner no solo supo expresar en sus discursos, sino sostener en la dirección cotidiana del trabajo de un colectivo muy numeroso, laborando en distintos lugares del país.

## **BIBLIOGRAFÍA**

- Comisión de la Verdad y Reconciliación (2003). *Informe final*. Lima: CVR. <http://www.cverdad.org.pe/ifinal/>
- Degregori, Carlos Iván (1989). *Sendero Luminoso. Parte I. Los hondos y mortales desencuentros. Parte II. Lucha armada y utopía autoritaria*. Lima: IEP.
- Degregori, Carlos Iván y otros (eds.) (2012). *No hay país más diverso: compendio de antropología peruana*. Volumen 1. Lima: IEP.
- Lerner Febres, Salomón (2003). *Discurso de presentación del Informe final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación*. Lima, 28 de agosto [http://www.cverdad.org.pe/informacion/discursos/en\\_ceremonias05.php](http://www.cverdad.org.pe/informacion/discursos/en_ceremonias05.php)